

LA RELIGION

CONSIDERADA

EN SU CULTO.

CONDENAR y proscribir indistintamente todo culto exterior y público, para reducir toda la religion á no sé que adoracion puramente interior del espíritu y del corazon, seria desconocer á un mismo tiempo la naturaleza del hombre, la autoridad de todos los siglos, y las primeras necesidades de la sociedad. Es cierto que de los pensamientos del espíritu y de los sentimientos del corazon, dependen la verdadera dignidad del hombre, y el mérito de los homenajes que tributa á la Divinidad; pero al cabo, el hombre no es un espíritu puro, sino que ha recibido de su autor sentidos y órganos corporales para el ejercicio mismo de sus facultades espirituales; ¡y no deberá hacer á Dios homenaje de su ser todo entero, es decir, de su

cuerpo lo mismo que de su alma? ¡y podrá estar penetrado de respeto y de amor á la Divinidad sin manifestarlo exteriormente, y sin invitar á sus semejantes, á lo ménos con su ejemplo, á alabar al Dios grande y bueno, á quien ama y adora? ¡Ha habido tampoco un solo pueblo civilizado que se haya limitado al culto interior, sin haber expresado su religion con signos visibles, con altares, con oraciones, ceremonias y cánticos sagrados? ¡y qué medio hay mas poderoso para unir á los hombres civilizados, y sujetarlos á un régimen duradero, que una religion que enlaza los ánimos y los corazones, y que dando á todos unos mismos principios y sentimientos, conserva la armonía, la subordinacion y la unidad en el cuerpo político? ¡Dónde ha habido un legislador que haya proyectado civilzar y gobernar sin religion á los pueblos? Solamente á algunos espíritus del último siglo, temerarios hasta la locura, estaba reservado el ensayar la reforma del genero humano en este punto, y mirar todo culto sin excepcion, como una supersticion igualmente inútil que ridícula. Pasó ya este extravagante sistema; pero pasó como aquellas plagas destructoras que dejan tras sí grandes estragos. Parece que aun los hombres mas licenciosos é

impíos conocen ya la necesidad de la religion; pero creyendo indigno de ellos el culto de Bossuet y de Fenelon, le dejan para la multitud; ridiculizan y desprecian las diferentes partes de que se compone; se lastiman de los errores del vulgo, esclavo, segun ellos, de la supersticion, y se congratulan de sobreponerse noblemente á las preocupaciones vulgares. La presente conferencia se dirigirá á vindicar el culto de la Iglesia cristiana, considerado en el conjunto de cosas de que se compone. ¡Feliz yo si procurando ilustrar vuestros entendimientos y curarlos de las preocupaciones que tal vez los extravian, inflamo vuestro celo á favor del ejercicio de un culto que han reverenciado nuestros padres, y que se dirige constantemente á elevar nuestras almas hácia el soberano bien, á separarlas del vicio y atraerlas á la virtud!

En general en el culto de todos los pueblos civilizados se encuentran templos, reuniones religiosas y ceremonias sagradas. Sobre esta materia habrán podido tener costumbres locales, variar la expresion de su culto segun la diversidad de su creencia, de su carácter y de su genio particular; pero dirigidos todos por un sentimiento comun, tomado de la esencia misma de su naturaleza, todos han observado un modo

público y solemne de adorar la Divinidad, y todos han tenido templos consagrados á su culto, asambleas religiosas para tributarle homenajes en comun, y ritos sagrados que eran el símbolo visible de su doctrina y de sus sentimientos. Bajo de todos estos puntos de vista voy á considerar el culto de la Iglesia cristiana, y haceros conocer su excelencia y superioridad, vindicándole segun que la ocasion se presente, de la mofa, de los insultos y ataques de sus enemigos.

Hablemos primeramente de nuestros templos. Aquí nos haria acaso observar gravemente algun filósofo, que no se necesita mas templo que este universo en que el Criador hace resaltar su gloria con tanta magnificencia; que la magestad del Altísimo no está limitada á un recinto material; que en todo lugar estamos en su presencia; y que desde todas partes puede oír nuestras súplicas y nuestras oraciones; pero léjos de dejarnos alucinar por su pomposo lenguaje, descubriríamos fácilmente que por no querer tener en esto semejante sofista las mismas ideas que el pueblo, es juguete de la presuncion y de la vanidad. Es cierto que la Divinidad no necesita de templos para sí misma, como un monarca necesita de un palacio para su residencia y ostentacion de su gran-

deza y poder; que no son tampoco los lugares los que santifican á los hombres y los hacen mas agradables al Criador, y que aquel que bajo de un techo de paja ora con un corazon humilde, está mas seguro de ser escuchado que el que conducido por la ostentacion viene al templo á orar con un espíritu de disipacion y de vanidad. Nosotros somos los que necesitamos de estos sitios especialmente consagrados al culto de la Divinidad, ya sea á fin de auxiliar nuestra flaqueza para elevarse hasta el autor de todo bien, ya para facilitarnos los medios de dirigirlle oraciones mas fervorosas y meritorias, ó ya para ofrecerle todos reunidos homenajes mas solemnes, y presentarnos como hijos de una misma familia á la vista de nuestro padre comun.

Por estas cortas reflexiones os será ya fácil juzgar del language de un escritor del último siglo, que decia declamando contra nuestros templos en un tono que pasaba entónces por sublime, y que en realidad es bien ridículo: „Los „hombres han desterrado de su compañía á la „Divinidad, y la han confinado á un santuario; „las paredes de un templo limitan su vista, y no „existe fuera de allí. ¡Insensatos! destruid esos „recintos que apocan vuestras ideas; dad mas

„extension á la Divinidad.” ¡Qué estilo! ¡Qué ideas, señores! como si la religion intentase encerrar entre paredes la inmensidad divina: como si no enseñase en sus libros mas elementales, que Dios está en todas partes, aunque pueda hacer mas perceptible su presencia en un sitio particular; y como si en fin la misma religion no condujese á sus hijos en medio de los campos durante la mas hermosa estacion del año para invocar sobre las producciones de la tierra al Dios de la naturaleza. Diez y ocho siglos hace que hablando S. Pablo ante el areópago advertia á los atenienses, que el que ha hecho los cielos y la tierra no está encerrado en las obras de la mano del hombre; pero ya hemos dicho que el templo no es precisamente para el Eterno, sino para nosotros débiles mortales. „Nada, ha dicho el autor del *Espíritu de las leyes* (1), nada hay mas consolador para los hombres, que el sitio en que encuentran „mas presente á la Divinidad, y en el que todos „reunidos le exponen su debilidad y sus miserias.”

Ved, señores, como sobresalen en nuestras ciudades y en nuestros campos esos edificios

(1) Lib. XXV. cap. 3.

sagrados. Sus formas augustas ó antiguas tienen cierta cosa particular que los distingue de los edificios vulgares. No es ciertamente el palacio del placer, ni el de la opulencia; y sin embargo, á cualquiera distancia que le descubra, siento excitarse en mí ideas piadosas, y conozco al momento que mi vista se fija en la casa del recogimiento y de la oracion, me adelanto penetrado de un santo respeto, llego al umbral de su puerta, recorro con la vista toda la extension del recinto sagrado, y cuanto allí veo me aparta de las cosas y de los usos profanos; y creo haber traspasado los límites del mundo, y haberme transportado á un lugar inaccesible á la confusion del siglo, y á las agitaciones de la vida humana. Allí se recogen mis sentidos, se tranquiliza mi alma, se calman mis pasiones, y me siento obligado á recogerme dentro de mí mismo, á pensar en mi alma, en el Dios que me ha criado, y en la suerte que me destina en la vida futura. ¡Qué de objetos ofrece á mi vista capaces de hacer en mí impresiones favorables de virtud, si no he perdido los principios y sentimientos de la fe, ó de recordármelos, si he tenido la desgracia de olvidarlos!

■ Aquí está la piscina saludable en donde se purifica el niño recién nacido, la cual me recuer-

da que apenas entré en la carrera de la vida, fui ya consagrado al Dios del cielo y de la tierra, y al servicio del Padre Omnipotente que me dió el ser, y á quien yo no conocia todavía: allí está la cátedra de verdad de donde baja la palabra que ilumina los entendimientos y conmueve los corazones, que excita los remordimientos y las esperanzas, que fortifica á los buenos reanima á los indolentes, y atrae á los extraviados. Mas allá está la mesa santa á la cual el padre de familias convida á sus hijos, para alimentarlos con un pan celestial que hace morir los vicios y nacer las virtudes. ¡Y qué mas veo en el templo? En él veo la cruz, ese monumento visible del amor inmenso de Jesucristo á los hombres, compendio misterioso de toda la religion, recuerdo y epílogo de todo cuanto se debe creer, esperar y amar. Hubo un tiempo en que estos objetos de nuestra veneracion fueron profanados, destrozados, é indignamente hollados entre nosotros: el signo de la redencion y de la esperanza del mundo desapareció de la cima de nuestros templos: sus despojos estaban diseminados por nuestras plazas públicas y por nuestros caminos, y solo en algunas aldeas casi desconocidas y ocultas entre la espesura de los bosques, se ofrecia á las miradas del pasaje-

ro una cruz de madera. ¡Y de dónde pudo venirnos aquel furor contra este divino símbolo, cuya vista consuela á los desgraciados, é inspira al rico sentimientos de compasion? „Ah! „Plantad, dirémos aquí con un apologista del „culto público, plantad esa cruz sobre las cul- „pas de los palacios para llamar á la virtud á „los ricos y á los grandes; plantadla sobre el „humilde techo del pobre para enseñarle la pa- „ciencia y la resignacion; dejádsela á todos los „hombres porque todos tienen que reprimir su „superberbia y combatir sus pasiones, y porque pa- „ra iluminarlos y para conmover su corazon, „no hay maestro mas hábil, ni modelo mas per- „fecto que Jesucristo espirando en la cruz.”

El modo de adornar nuestros templos contribuye tambien en ellos á excitar la piedad. Nada hay mas justo que el empeñarse todas las artes en hermosear su recinto: la religion fué la que inflamando el númen de Miguel Angel de Rafael, del Pusino, y de Rubens produjo tantas obras maestras tan justamente celebradas; á ella han debido las artes la mayor parte de su gloria, y los artistas que le dedican su talento no hacen mas que pagarle una deuda. ¡Qué imágenes mas capaces de mover los corazones que aquellas en que animándose el lienzo y el

mármol, nos representan la historia de la religion, y principalmente la de Jesucristo y de sus tiernos misterios; al Salvador de los grandes y de los pequeños adorado por los pastores y los magos; á la Magdalena llorando á los pies de aquel que vino en busca de las almas extraviadas; y á Jesucristo bendiciendo y acariciando á los niños en la efusion de su bondad, ó muriendo con los brazos abiertos, como para abrazar en su amor á todo el género humano? Es tambien muy agradable ver pintada en nuestros templos la historia de los personajes ilustres, de esos héroes cristianos que han honrado la Iglesia con sus virtudes y con su valor; ellos fueron nuestros padres en la fe; revivan pues en cierto modo á nuestra vista, y excítennos con su presencia á seguir sus huellas. ¡Y qué uso mas legítimo podemos hacer del oro y de mas metales preciosos, que emplearlos, trabajados por manos diestras, en la construccion de nuestros altares y santuarios? No teniendo el hombre en sí mismo nada digno de la suprema magestad, ¿no deberá á lo ménos dar á su reconocimiento toda la extension de que sea susceptible, y consagrar á Dios, además de los afectos de su corazon, todo lo mas precioso que se conozca sobre la tierra?

Estos fueron los sentimientos de nuestros padres al erigir á la Divinidad esos templos magníficos, monumentos eternos de su desinterés y de su piedad. Alguna vez nos propasamos á llamarlos ignorantes y groseros: yo no diré que deban disimularse sus errores y sus defectos; pero temamos juzgarlos con ligereza y temeridad. Es cierto que en aquellos siglos en que se construyeron esas soberbias basílicas, que aun son la gloria de nuestras ciudades, no se habian penetrado como en nuestros dias los secretos de las ciencias naturales; que aun no se habian hecho esos brillantes descubrimientos, hijos mas bien del tiempo que del ingenio, y que el gusto no tenia la pureza ni la perfeccion á que ha llegado despues; confieso tambien que la credulidad y falta de crítica podian introducir algunas veces abusos y excesos en las devociones populares; pero entonces eran mucho mas leales los sentimientos, y esto supone ademas otras virtudes: tampoco se conocia esa sutileza de pensamientos peor que la barbarie, y que conduce al ateismo, es decir, á la extincion total de cuanto hay bueno y bello entre los hombres; pero se respetaban profundamente los principios conservadores de la moral y del orden público, y las almas no estaban apoca-

das por el egoismo. ¿Y cómo negarles tampoco ideas valientes y grandiosas? Si las artes son en las diferentes épocas de la historia la expresion fiel del estado del entendimiento humano, juzguemos de los siglos en que se edificaron nuestros templos góticos por los templos mismos, y decidme si por su solidez, sus vastas dimensiones y su magestad, no descubren ellos solos en sus autores almas fuertes, constantes, capaces de grandes cosas, y cuyas ideas se extendian á los siglos venideros? Dejemos, señores, el desprecio de nuestros antepasados á sofistas desnaturalizados, y no cometamos la injusticia de fijar nuestra vista solo en sus ridiculeces y miserias, y retirarla de sus virtudes y grandes cualidades; no nos parezcamos á aquellos jóvenes cortesanos que se burlan del sabio y venerable Sully porque la forma de su vestido era antigua. En toda nacion que no esté degradada por las malas costumbres, el respeto á sus abuelos, así como el de los sepulcros, es una parte de la piedad filial. Me congratulo de haber tenido, al hablar de nuestros templos, la ocasion de tributar ante vosotros un homenaje público á la memoria de nuestros padres, frecuentemente ultrajada en nuestros dias; y razones franceses me perdonarán fácilmente la

manifestacion de tan laudables sentimientos.

Todo pues en los templos cristianos recuerda á los hombres la divinidad. ¿Y qué diremos de las asambleas religiosas que se celebran en su recinto?

Aquí es donde aparece toda la superioridad de nuestro culto sobre todos los cultos de la tierra. El paganismo tenia, sí, sus fiestas y solemnidades que atraian al pueblo; pero las mas veces eran infames ó crueles como las divinidades á que se dirigian. Las mas inocentes eran aquellas que solo presentaban á la multitud espectáculos á propósito para cebar su curiosidad; pero todo cuanto en ellas habia mas grave, mas augusto y mas santo en apariencia, no podia causar mas que impresiones de piedad muy débiles y vagas. En el templo mas magnífico del universo, el de los judíos, el orden y la pompa de las ceremonias, la magestuosa dignidad del sumo Sacerdote y de los levitas, la armonía de los himnos con que se cantaban las alabanzas del Dios verdadero, y los prodigios de su poder y bondad, todo era muy á propósito para elevar las almas, y hacer en ellas impresiones saludables; pero estaba mas particularmente reservado al cristianismo el hacer de las asambleas cristianas de la religion

una escuela de la virtud para todas las clases y para todas las edades. ¡Qué sublime institucion la de reunir al pueblo para instruirle en sus obligaciones y consolarle en los males de la vida! Durante el curso del año cristiano cada semana tiene su dia de descanso, que es por excelencia el dia del Señor, con otros que ha prefijado la Iglesia. En ellos abandona el artesano su taller, el labrador deja el arado, y el letrado suspende sus estudios: en la superficie de dilatados paises, todo se agita á un tiempo en los campos y en las ciudades; y los ancianos, los niños, los ricos y los pobres, todos acuden al sitio de la reunion religiosa. Allí se ven y se enlazan las familias, se afirman las relaciones antiguas, se forman y se estrechan otras nuevas; se dulcifican las costumbres, se suavizan y civilizan los hombres mas rústicos, y los dias consagrados á los ejercicios públicos de la religion son los mas preciosos de todos para la patria.

Ved en seguida reunido el pueblo al rededor de la cátedra de la verdad: ¡qué autoridad no tendrá sobre él por su edad, por su carácter, por sus virtudes y su tierna solicitud en favor de los desgraciados; qué autoridad, digo, no deberá ejercer el pastor del rebaño, si es digno de este nombre y del ministerio que ejerce! Tal

vez habrá visto nacer á la mayor parte de los que le escuchan. Es un padre en medio de sus hijos; y cuantas palabras salen de su boca son recogidas con respeto. Allí encuentra el niño la leche de la sana doctrina, y el adulto un alimento mas sólido. Allí se combaten todos los vicios, y se enseñan todas las virtudes: allí aprende el pobre á ser resignado, y el rico á ser compasivo; el anciano á santificar los restos de una vida que ya le va faltando, y el joven á desconfiar de las ilusiones de su edad: allí no se alaba ni aprecia sino lo bueno y lo honesto, lo que forma buenos padres, buenos hijos, buenos hermanos; lo que en fin mantiene la paz doméstica, y hace florecer las buenas costumbres en las familias. Las lecciones del pastor se graban en los ánimos, y se repiten por los padres á los hijos: de este modo se introduce hasta en las cabañas la mas sublime sabiduría; y el pastor de la aldea hace con la sencillez de sus palabras mayor número de verdaderos sabios que podian hacer los filósofos de la Grecia con sus pomposas máximas.

Yo bien sé que no todos se aprovechan igualmente de las lecciones del pastor; pero todos reciben sin advertirlo, y aun sin querer, impresiones favorables que acaso, sin hacerlos des-

de luego virtuosos, por lo ménos disminuyen su inclinacion á los vicios: así se deposita en su corazon un germen de verdad que debe dar frutos á su tiempo; y así el padre se hace mas vigilante, el hijo mas respetuoso, mas fiel el criado, y el señor mas justo y ménos escandaloso. Algunas veces basta un ejemplo edificante para confundir el vicio, y una sola palabra para sofocar un odio inveterado, evitar una injusticia, y salvar la virtud al punto mismo de naufragar. Tampoco ignoro que los dias especialmente consagrados á los ejercicios religiosos, suelen ser profanados mas de una vez con quimeras, escándalos y excesos de toda clase, lo que ciertamente es un abuso deplorable; pero ademas de que la vigilancia de los párrocos y de las autoridades sabe precaver muchos de ellos, ó atajar sus funestas consecuencias, ¿qué son los abusos inseparables de las mas perfectas instituciones, comparados con los bienes inmensos de las cosas en sí mismas? Si es cierto que el culto público es un medio poderoso para unir á los hombres, suavizar la ferocidad de sus costumbres, inspirarles sentimientos de mútua benevolencia, y de contener las pasiones en los límites del deber; por la razon contraria la falta de culto público debe producir, si no el

desórden, á lo ménos la confusion y la ruina total de las buenas costumbres. Un pueblo sin religion muy pronto retrocederia al estado de salvage. ¡Enemigos de la religion! no ensalceis los progresos de las luces, vuestras ciencias, ni vuestras artes: no entraré en disputa con vosotros; pero os diré que hemos aprendido para nunca olvidarlo, que la cultura sin buenas costumbres, el ingenio y el talento sin religion, lejos de ser el vínculo de los estados, pueden causar su ruina y llegar á ser mas funestos que la mas estúpida ignorancia. ¿Qué importan vuestras artes y vuestras ciencias á la multitud que las ignora y que siempre debe ignorarlas? ¿Creeis que se pueda reemplazar la cátedra del Evangelio con una cátedra de cálculos, y calmar las pasiones con axiomas? ¿Creeis que se pueda con frases retóricas conservar en las familias la paz y las buenas costumbres, la sumision á las leyes, el respeto á los magistrados y á las propiedades, y en fin todo lo que afianza el reposo de la sociedad, y sin lo cual no habria en ella mas que atropellamientos? ¿Qué sucederia si llegase á faltar el ejercicio público de la religion? La supersticion y los errores mas monstruosos se apoderarian de los animos de la multitud. No nos engañemos, señores: los

sentimientos religiosos están asidos al corazón del hombre con las raíces mas profundas, y nada es capaz de arrancarlos de él. Sin la religion presidida en su culto, dirigida y arreglada por la autoridad de sus ministros, caeria el pueblo en la mas vergonzosa ignorancia, pero no en el ateismo: y si al fin llegase á caer en él, ¿qué seria de la sociedad? ¿qué haria entónces el pueblo? Se forjaria una religion ridícula, que seria un conjunto informe de cosas inconexas; y falto entónces de reglas y de guia, estaria siempre dispuesto á entregarse al primer entusiasta que quisiese abusar de su credulidad: de aquí nacerian el espíritu de secta y de sedicion, y esos conciliábulos secretos, que siempre han terminado en crueles absurdos ó en feos escándalos. ¡Cuán imprudentes son pues los que en sus discursos ó escritos insultan el culto público, inspirando de este modo á la multitud aversion á él! pero cuán preciosos son tambien para la patria y para la moral nuestros dias sagrados! y cuánto, así en este punto como en todos, se muestra la religion verdaderamente amiga de la humanidad!

Algunos pseudo-economistas del último siglo, nadando en la abundancia y en las delicias, y exentos de llevar el peso del dia y del calor,